



lamente: “¡Hasta luego, hermana!” que le hicieron saltar de la silla, dejando escapar una exclamación que se ahogó en su garganta.

En el mismo momento entró en la sala un hombre con un gran lio en la mano, seguido de una hermana.

El muchacho lanzó un grito agudo y quedó como clavado en su sitio.

El hombre se volvió, lo miró un instante, lanzó otro grito a su vez: “¡Cecilio!”, precipitándose hacia él.

El muchacho cayó en los brazos de su padre casi accidentado. Las hermanas, los enfermos y el practicante acudieron, y los rodearon llenos de estupor.

El muchacho no podía recobrar la voz. “¡Oh Cecilio mío! —exclamó el padre después de clavar una atenta mirada al enfermo, besando repetidas veces al niño—. ¡Cecilio, hijo mío! ¿Cómo es esto? ¿Te han dirigido al lecho de otro enfermo? ¡Y yo que me desesperaba de no verte, después que tu madre escribió. “*Le he enviado!*” ¡Pobre Cecilio! ¿Cuántos días llevas aquí? ¿Cómo ha ocurrido esta confusión? Yo he despachado en pocos días. ¡Estoy bien! ¿Y tu madre? ¿Y Conchita? Y la chiquitina, ¿cómo está? Yo me voy del hospital; vámonos pues. ¡Oh, santo Dios! ¡Quién lo hubiera dicho! . . .” El muchacho apenas pudo balbucear cuatro palabras para dar noticias de la familia: “¡Oh, qué contento estoy, pero qué contento! ¡Qué días tan malos he pasado!” Y no acababa de

besar a su padre. Pero no se movía. “Vamos, pues —le dice el padre—, que podemos llegar todavía esta tarde a casa. Vamos, y lo atrajo hacia sí. El muchacho se volvió a mirar a su enfermo. Pero . . . ¿vienes o no vienes?”, le preguntó el padre sorprendido. El muchacho, vuelto a mirar al enfermo, el cual en aquel momento abrió los ojos y le miró fijamente. Entonces brotó de su alma un torrente de palabras. “No *Chacho*, espera . . . ¡Ea . . ., no puedo! Mira ese viejo. Hace cinco días que estoy aquí. Me está mirando siempre. Yo creía que eras tú. Lo quería. Me mira, yo le doy de beber, quiere que esté siempre a su lado, ahora está muy mal; ten paciencia, no tengo valor, no sé, me da mucha pena, mañana volveré a casa déjame estar otro poco, no estaría bien que lo dejase: ¡vé cómo me mira! No sé quién es, pero me quiere; morirá solo ¡déjame estar aquí, querido *Chacho!*” “¡Bravo, chiquitín”, gritó el practicante. El padre quedó perplejo mirando al muchacho, luego al enfermo. “¿Quién es?”, preguntó. “Un campesino como usted —respondió el practicante—, que ha venido de fuera y entró en el hospital en el mismo día que usted. Cuando lo trajeron venía sin sentido y no pudo decir nada. Quizá tenga lejos a su familia, quizá tenga hijos. Creerá que éste es uno de ellos”. El enfermo no quitaba la vista del muchacho. El padre dijo a Cecilio: “Quédate”. “No tendrá que quedarse por mucho tiempo”, murmuró el practicante. “¡Quédate! —repitió el padre—. Tú tienes corazón. Yo me marcho inmediatamente a casa para tranquilizar a tu madre. Ahí tienes dos pesetas para lo que necesites. Adiós, hijo mío, hasta la vista”. Le abrazó, le miró fijamente, le besó repetidas veces en la frente, y se fue.

El niño volvió al lado del enfermo que pareció consolado. Y Cecilio comenzó su oficio de enfermero sin llorar más, pero con el mismo interés y con igual paciencia que antes; le dio de beber, le arregló las ropas, le acarició la mano y le habló dulcemente para darle ánimo. Todo aquel día estuvo a su lado, y toda la noche y aun el siguiente día. Pero el enfermo se iba poniendo cada vez peor; su cara iba tomando color violáceo; su respiración se iba haciendo más ronca, aumentaba la agitación, salían de su boca gritos inarticulados: la hinchazón se ponía monstruosa. En la visita de la tarde, el médico dijo que no pasaría de aquella noche. Entonces Cecilio redobló sus cuidados y no lo perdió de vista ni un minuto. Y el enfermo lo miraba, lo miraba, y movía aún los labios de vez en cuando, con esfuerzo, como si aun quisiera decir alguna cosa, y una expresión de extraordinaria dulzura se pintaba de vez en cuando en sus ojos cada vez más pequeños y más velados. Aquella noche

estuvo velando el muchacho hasta que vio blanquear en las ventanas la luz del crepúsculo y apareció la hermana. Se acercó ésta al lecho miró al enfermo y se fue precipitadamente. A los pocos minutos volvió con el médico ayudante y con una enfermera que llevaba una linterna. "Está en los últimos momentos", dijo el médico. El muchacho aferró la mano del enfermo, abrió los ojos, le miró fijamente y los volvió a cerrar. En el mismo instante le pareció al muchacho que le apretaba la mano: "¡Me ha apretado la mano!", exclamó. El médico permaneció un momento inclinado hacia el enfermo; luego se levantó. La hermana descolgó un crucifijo de la pared. "¿Ha muerto?", preguntó el muchacho. "Vete, hijo mío —dijo el médico—. ¡Tu santa obra ha concluído! Vete, y que tengas fortuna, que bien la mereces. ¡Dios te protegerá!... ¡Adiós!" La hermana, que se había alejado un momento, volvió con un ramito de violetas que cogió de un vaso que estaba sobre una ventana, y se lo ofreció al chico diciéndole: "Nada más tengo que darte. Llévatelo para recuerdo del hospital". "Gracias —respondió el muchacho, cogiendo el ramito con una mano y limpiándose los ojos con la otra—; pero tengo que hacer tanto camino a pie... que lo voy a estropear". Y desatando el ramito, esparció las violetas por el lecho, diciendo: "Las dejo como recuerdo a mi querido muerto. Gracias, hermana; gracias, señor doctor". Luego, volviéndose hacia el muerto: "¡Adiós!... Y mientras buscaba un nombre que darle, le vino a la boca el dulce nombre que le había dado durante cinco días... ¡pobre Chacho!" Dicho esto, cogió bajo el brazo su envoltorio de ropa, y a paso lento, interrumpido por el cansancio, se fue. Comenzaba a despuntar el alba.

EL TALLER

Sábado 18.—Ayer vino Precusa a recordarme que debía ir a ver su taller, que está en lo último de la calle, y esta mañana, al salir con mi padre, hice que me llevase allí un momento. Según nos íbamos acercando al taller, vi que salía de allí Garofi corriendo con un paquete en la mano, haciendo ondear su gran capa, que tapaba las mercancías. ¡Ah! ¡Ahora ya sé dónde atrapa las limaduras de hierro que vende luego por periódicos atrasados ese traficante de Garofi! Asomándonos a la puerta vimos a Precusa sentado en un montón de ladrillos: estaba estudiando la lección con el libro sobre las rodillas. Se levantó inmediatamente y nos hizo pasar: era un cuarto grande, lleno de polvo de carbón, con las paredes cubiertas

de martillos, tenazas, barras, hierros de todas formas; en un rincón ardía el hierro de la fragua, y soplando el fuelle, un muchacho. Precusa padre estaba cerca del yunque y el aprendiz tenía una barra de hierro metida en el fuego ¡Ah! aquí tenemos —dijo el herrero apenas nos vio, quitándose la gorra —al guapo muchacho que regala ferrocarriles! Ha venido a ver trabajar un rato, ¿no es verdad? Al momento será usted servido". Y diciendo así, sonreía; no tenía ya aquella cara torva, aquellos ojos atravesados de otras veces. El aprendiz le presentó una larga barra de hierro enrojecida por la punta, y el herrero le apoyó sobre el yunque. Iba a hacer una de las barras con voluta que se usan en los antepechos de los balcones. Levantó un gran martillo y comenzó a golpear, moviendo la parte enrojecida para ponerla, ora de un lado, ora de otro, sacándola a la orilla del yunque o introduciéndola hacia el medio, dándole siempre muchas vueltas; y causaba maravilla ver cómo, bajo los golpes veloces, precisos, del martillo, el hierro se encorvaba, se retorció y tomaba poco a poco la forma graciosa de la hoja rizada de una flor, cual si fuera objeto de pasta modelada con la mano. El hijo entretanto, nos miraba con cierto aire orgulloso, como diciendo: "¡Mira cómo trabaja mi padre!" "¿Has visto cómo se hace señorito?", me preguntó el herrero, una vez terminado y poniéndome delante la barra que parecía el báculo de un obispo. La colocó a un lado y metió otra en el fuego. "En verdad que está bien hecha", le dijo mi padre; y prosiguió: ¡Vamos!... ya veo que se trabaja, ¿eh? ¿Ha vuelto la gana?" "Ha vuelto, sí —respondió el obrero limpiándose el sudor y poniéndose algo encendido—. Y ¿sabéis quién la ha hecho volver?" Mi padre se hizo el desentendido. "Aquel guapo muchacho —dijo el herrero, señalando a su hijo con el dedo—; aquel buen hijo que está allí, que estudiaba y honraba a su padre, mientras su padre anda de *pirotecnia* y lo trataba como a una bestia. Cuando he visto aquella medalla... ¡Ah, chiquitín mío, alto como un cañamón, ven acá, que te mire un poco esa cara". El muchacho se precipitó hacia su padre; éste le cogió y le puso en pie sobre el yunque, y sosteniéndole por debajo de los brazos, le dijo: "Limpia un poco el frontispicio a este animalón de tu padre". Entonces Precusa cubrió de besos la cara ennegrecida de su padre, hasta ponerse también él enteramente negro. "Así me gusta", dijo el herrero, y lo puso en tierra. "¡Así me gusta, Precusa!", exclamó mi padre con alegría. Y habiéndonos despedido del herrero y de su hijo, nos salimos. Al salir, Precusa me dijo: "Dispénsame", y me metió en el bolsillo un paquete de clavos; le invité para que fuera a ver las máscaras a casa. "Tú le has regalado tu tren —me dijo mi padre por

el camino—; pero aun cuando hubiese estado lleno de oro y de perlas, hubiera sido pequeño regalo para aquel santo hijo que ha rehecho el corazón de su padre”.



EL PAYASILLO

Lunes 20.—Toda la ciudad está convertida en hervidero a causa del Carnaval, que ya toca a su término; en cada plaza se levantan barracas y palestras de saltimbanquis; nosotros tenemos precisamente debajo de las ventanas un circo de tela, donde funciona cierta pequeña compañía veneciana con cinco caballos. El circo se halla en medio de la plaza, y en un ángulo hay tres grandes carretas, con sus ventanillas y una estufita cada una, que siempre está echando humo, y entre ventana y ventana están extendidas las envolturas de los niños. Hay una mujer que da de mamar a unorro, hace la comida y baila en la cuerda. ¡Pobre gente! Se les llama los *Saltimbanquis* como palabra injuriosa, y, sin embargo, ga-

nan su pan honradamente divirtiendo a otros: ¡y cómo trabajan! Todo el día están corriendo del circo a los coches, en traje de punto, y con el frío que hace, comen dos bocados a escape, de pie, entre una y otra representación, y a veces, cuando tienen el circo ya lleno se levanta un viento fuerte que rasga las telas y apaga las luces y ¡adiós espectáculo!; necesitan devolver el dinero y trabajar toda la noche para reparar los desperfectos del barrancón. Tienen dos muchachos que trabajan, y mi padre ha reconocido al más pequeño cuando atravesaba la plaza: es hijo del dueño, el mismo a quien vimos el año pasado hacer los juegos a caballo en un circo de la plaza de Víctor Manuel. Ha crecido; tendrá unos ocho años; hermoso rapaz, con una carita redonda y morena de pillete y multitud de rizos negros que se le escapan fuera del sombrero cónico. Está vestido de payaso, metido dentro de una especie de saco grande con mangas blanco, bordado de negro y con unos zapatitos de tela. Es un diablejo. A todos gusta. Hace de todo. Se le ve envuelto en un mán, muy de mañana, llevando la leche a su casucha de madera; luego va a buscar los caballos a la cuadra, que está en la calle próxima; tiene en brazos al niño de pecho; transporta aros, caballetes, barras, cuerdas: limpia los carros, enciende el fuego y en los momentos de descanso siempre está pegado a su madre. Mi padre se le queda mirando siempre desde la ventana, y no hace otra cosa más que hablar de él y de la gente, que tienen todas las trazas de ser buenos y de querer mucho a sus hijos. Una noche fuimos al circo; hacía frío y no había nadie; pero no por eso el payaso dejó de estar en continuo movimiento para tener alegre a la gente; daba saltos mortales, se agarraba a la cola de los caballos, andaba con las piernas por alto y cantaba, siempre con su carita morena sonriente; y su padre, que vestía traje rojo con pantalones blancos y bota alta, y la fusta en la mano, lo miraba; pero estaba triste. Mi padre tuvo compasión de él y habló del asunto con el pintor Delis, que vino a vernos. ¡Esa pobre gente se mata trabajando y hace muy mal negocio! Aquel muchacho ¡le parecía tan bien! ¿Qué se podría hacer por ellos? El pintor tuvo una idea: “Escribe un buen artículo en el *Diario* —le dijo—, tú que sabes escribir; cuenta los milagros del payasillo y yo haré un retrato; todos leen el *Diario*, y a lo menos una vez concurrirá la gente”. Así lo hicieron. Mi padre escribió un artículo hermoso y lleno de gracia, en que decía todo lo que nosotros veíamos desde las ventanas, y ponían en ganas de conocer y acariciar al pequeño artista; y el pintor trazó un retrato parecido y artístico, que fue publicado el sábado por la tarde. En la representación del domingo, una gran multitud concurrió al circo. Estaba anunciado:

Representación a beneficio del payasín; del payasín, como se le llamaba en el *Diario*. No había un alfiler en el circo: muchos espectadores tenían el *Diario* en la mano y se lo enseñaban al payasín, que se veía y corría, ya por un lado, ya por otro, loco de contento. También el padre estaba alegre. ¡Ya lo creo! Jamás ningún periódico le había hecho tanto honor y la caja estaba llena de cuartos. Mi padre se sentó a mi lado. Entre los espectadores había gente conocida. Cerca de la entrada de los caballos, en pie, estaba el maestro de gimnasia, uno que estuvo con Garibaldo, y frente a nosotros en los segundos puestos el albañilito, con su carita redonda, sentado junto a su padre que parecía un gigante. . . y apenas me vio hizo un guiño. Algo más allá vi a Garofi, que estaba contando los espectadores, calculando por los dedos cuánto habría recaudado la compañía. En los sillones de los primeros puestos, poco distante de nosotros, estaba el pobre Roberto, aquel que salvó al niño del ómnibus, con sus muletas entre las rodillas, apretado contra su padre, capitán de artillería, que tenía apoyada una mano sobre un hombro. Comenzó la representación. El payasín hizo maravillas sobre el caballo, en el trapecio y en la cuerda y siempre que descendía era aplaudido por todas las manos, y muchos le tiraban de los rizos. Luego hicieron ejercicios otros varios; funambuleros, encamoteadores y caballistas, vestidos de remiendos; pero deslumbradores por la plata que los recubría. Pero cuando el muchacho no trabajaba, parecía que la gente se aburría. En esto vi que el maestro de gimnasia, que estaba de pie en la entrada de los caballos, hablaba al oído con el dueño del circo, el cual, repentinamente dirigió una mirada a los espectadores, como si buscara a alguien. Sus ojos se detuvieron en nosotros. Mi padre lo advirtió, comprendió que el maestro le había dicho quién era el autor del artículo, y para que no fuera a darle las gracias se marchó diciéndome: "Quédate, Enrique, que yo te espero fuera". El payasín después de haber cruzado algunas palabras con su padre, hizo otro ejercicio; en pie sobre el caballo que galopaba se vistió cuatro veces: primero de peregrino, luego de marinero, después de soldado y por fin de acróbata y siempre que pasaba delante de mí me miraba. Luego, al bajarse comenzó a dar una vuelta al circo con su sombrero de payaso en la mano, y todos le echaban algo, cuando llegó frente a mí, en lugar de presentar el sombrero echó hacia atrás me miró y pasó adelante. Me mortificó esto. ¿Por que me había hecho esta desatención? La representación terminó; el dueño dio las gracias al público, y toda la gente se levantó aglomerándose hacia la salida. Yo iba confundido entre la multitud, y estaba ya casi en la puerta, cuando sentí

que me tocaban una mano. Me volví: era el payasín, con su carilla graciosa y morena y sus ricitos negros, que me sonreía; tenía las manos llenas de dulces. Entonces comprendí "Si quisieras —me dijo— aceptar estos dulcecillos del payasín. . . Yo le indiqué que sí, y cogí tres o cuatro. "Entonces —añadió— acepta también este beso". "Dame dos", le respondí, y le presenté la cara. Se limpió con la manga la cara enharinada, me echó un brazo alrededor del cuello, y me estampó dos besos sobre las mejillas diciéndome: "Toma, toma, y lleva a tu padre".

EL ULTIMO DIA DE CARNAVAL

Martes 21.—¡Qué conmovedora escena presenciamos hoy en el paseo de las máscaras! Concluyó bien, pero podía haber ocurrido una gran desgracia. En la plaza de San Carlos, decorada toda ella con pabellones amarillos, rojos y blancos, se apiñaba numerosa multitud; cruzaban máscaras de todos colores; pasaban carros dorados llenos de banderas imitando colgaduras; teatros, barcos rebosando arlequines y guerreros, cocineros, marineros y pastorcillas; era una confusión tan grande, que no se sabía dónde mirar; un ruido de cornetas, de cuernos y de platillos que rompían los oídos; las máscaras de los carros reían y cantaban, apostrofando a la gente de pie, a los de las ventanas que respondían hasta desgañitarse, y se tiraban con furia naranjas y dulces; y por encima de los carruajes y de las aperturas, hasta donde alcanzaba la vista, se veían ondear banderolas, brillar cascos refulgentes, tremolar penachos, agitarse cabezotas de cartón, piedra, cofias gigantescas, trompetas enormes, armas extravagantes, tambores, castañuelas, gorros rojos y botellas; todos parecían locos. Cuando nuestro coche entró en la plaza iba delante de nosotros un carro magnífico tirado por cuatro caballos con gualdrapas bordadas de oro, lleno de guirnaldas de rosas artificiales, en el cual iban catorce o quince señores disfrazados de caballeros de la corte de Francia, resplandecientes con sus trajes de seda, con pelucón blanco, sombrero de pluma bajo el brazo y espadín, y el pecho cubierto de lazos y encajes hermosísimos. Todos a la vez iban cantando una cancioncilla francesa y arrojaban dulces a la gente, y la gente aplaudía y gritaba. De repente vimos que un hombre que estaba a nuestra izquierda levantaba sobre las cabezas de la multitud una niña de cinco a seis años, una pobrecilla que lloraba desesperadamente, agitando los brazos como si estuviera acometida de convulsivo ataque. El hombre se hizo sitio hacia el carro de los señores; uno de éstos se inclinó, y el hombre le gritó: